

## La Inmediatez del Laberinto

Conforme nos alejamos de la ciudad, repartidos en dos coches, cambió la perspectiva visual de quienes viajábamos. Pronto, la línea de los grandes edificios, desmedidos y metálicos, quedó atrás, cambiándose en una desordenada sucesión de urbanizaciones con pretensiones de jardín y aspecto penitenciario, primero abigarradas, luego confundidas con centros comerciales y polígonos y, poco a poco, más dispersas, como si cediesen al rigor del paisaje que iba anunciando las estribaciones bélicas del sistema central. Aunque el otoño comenzaba a imponer sus rasgos vegetales y su luz senecta, aún se resistían las temperaturas cálidas y eso nos aletargaba a todos, excepto a Aurora que, tendría siete u ocho años y, por fortuna, a Juan, su padre, que era quien conducía, dirigiendo nuestro vehículo hacia la otra vertiente de la sierra, buscando en su ladera norte la silueta sobria, varada en un collado o rota sobre la llanura que dibuja la geometría castellana, de algún pueblo por el que pasear aprovechando la largueza de la tarde. La niña se estiraba hacia su padre para preguntarle por los detalles de todo lo que contemplaba a través de las ventanillas, dando la impresión de que el viaje le resultaba de lo más emocionante. Cualquier árbol, alquería o instalación ganadera presentaba serios interrogantes a su mirada urbana, acostumbrada a un mundo delimitado por las aulas escolares, el ático familiar y la sucesión de pantallas que parasitan los ojos confundiendo el principio de realidad. Su madre, Carmen, le insistía en que dejase conducir a papá, pero ella, presa de la ortopédica silla adaptada con la que hoy se amargan los viajes infantiles, se mostraba impaciente y demandaba respuestas. Y tal vez por ello, su padre, vislumbrando en el horizonte los lienzos hundidos de una fortaleza, que se alzaba sobre los tejados y el campanario de un pueblo, decidió tomar ese desvío y como dijo: “Explorar”.

Aparcamos en las afueras de la localidad, donde se acumulaban otros vehículos que parecían anunciarnos como los últimos domingueros llegados al lugar. Serpenteamos por las calles, donde aún subsistían las terrazas del estío, y desembocamos en la plaza mayor que, si bien conservaba una arquitectura de gran calidad, veía devaluado su encanto por la proliferación de negocios dedicados a satisfacer el hambre de emociones de quienes, como nosotros, huían temporalmente de la urbe. Pero Juan, el padre de Aurora, -que mientras iba de unas manos a otras, con algo con lo que interpelar a cualquiera que quisiese aceptar el papel de guiarla-, sabedor que de él había partido la

iniciativa de aquel viaje y de su prestigio como paseante, nos propuso caminar hasta los muros ruinosos que viéramos desde los vehículos. Y lo cierto es que desde aquella plaza mayor, la altura del castillo parecía respetable y la caminata, un buen trecho. No obstante, quedaban dos o tres horas hasta que el sol se ocultase y nadie se opuso a la idea. En total, seríamos, creo recordar, nueve a los que yo, -aparte los padres de Aurora, viejos amigos-, apenas conocía de un par de ocasiones.

Ascendimos por calles desniveladas, cuya penumbra surgía de altos muros solariegos o de viviendas más modestas pero no por ello menos protectoras, que nos acompañaron durante los primeros veinte minutos del paseo, para después abrirse a un camino terrero sobre cuyo zigzageo se elevaban unos lienzos derruidos, los escombros de una torre del homenaje y unas almenas a punto de rendirse. Aquí desaparecía la sombra y aunque la solana era más benigna que un mes antes, no por ello resultaba menos merecedora de respeto. Conforme los mayores dábamos muestras de cansancio, Aurora, mirándonos desde una frontalidad antigua a la que su sonrisa y su mano extendida restaban seriedad, se aproximaba a nuestro lado y nos animaba a seguir, pues íbamos hacia un castillo y no teníamos ningún derecho a decepcionarla a ella, que ya se veía reinando como en los cuentos de antes de dormir. Así que denotando las limitaciones con que, de manera inesperada, nos sorprende la primera madurez, fuimos ascendiendo hasta alcanzar una puerta adintelada que, ciñéndose a la fragilidad de los viejos muros, no ocultaba el haber sido construida con posterioridad, tras el derrumbe de la entrada original, con el objeto de delimitar un espacio interior al que, por una razón que ignorábamos pero que no tardaríamos en descubrir, aún se le atribuía importancia. Y Aurora, en ese momento, cogiéndose de mi mano y levantando sus ojos hacia mí, sorprendido al contemplar la perfección de su óvalo bajo el cabello negrísimo y suelto, me preguntó: “¿Quién vive dentro?” A lo que, profesor de clásicas como soy, le respondí: “Un príncipe que te espera desde hace mucho tiempo, se llama Teseo”.

Realmente no pude darle una respuesta más desacertada a la niña, ya que a unos cincuenta metros de la entrada y extendiéndose sobre la meseta que formaba la cima de aquel monte, donde antaño se elevara la fortaleza, ahora lo hacía el camposanto del pueblo. Se trataba, en su mayor parte, de tumbas a ras de tierra, modestas en su mayoría y las que no lo eran contenidas en el lujo sobrio de una lápida algo más noble que las demás. Aprovechando una zona subsistente de la vieja construcción, -donde parecía

haberse elevado una capilla románica, de la que permanecían los sillares de dos muros y la curvatura de un ábside que configuraba el único techo visible-, se habían construido unos nichos que permanecían sin uso, mostrando su oquedad como una lección de tinieblas. Aurora se me acercó, sin disimular su enfado, y mirándome a punto de llorar me dijo: “Eres malo, aquí no hay ningún príncipe que me espere”. Carmen, viéndome en tal apuro, se acercó hasta nosotros y poniéndose a la altura de su hija trató de consolarla: “Aurora, todos los que están aquí han sido príncipes y ahora duermen junto a sus princesas”. Esto pareció tranquilizar a la niña, que entonces aceptó pasear junto a su madre, explorando los epitafios y conociendo a aquella fúnebre realeza de campesinos mesetarios, sobre la que la voz materna le daba explicaciones detalladas.

La luz de la atardecida comenzó a declinar y recuerdo que miré el reloj, ya que aún me parecía temprano. Y lo era; pero una nube baja, gris, un enorme cúmulo, había ocupado la extensión celeste. Antes de que pudiéramos hacer comentario alguno, decidir si permanecíamos o iniciábamos, con la premura de las primeras gotas, nuestro regreso hasta los coches, la tormenta rompió con toda su fuerza, clausurando la agonía del verano e imponiendo, de modo definitivo, los sonidos del otoño. Así que todos corrimos a refugiarnos bajo la techumbre del ábside, sin que ello nos librara de la humedad. Aurora se me acercó de nuevo, ahora sonriendo, para decirme que no estaba enfadada conmigo y que su mamá le había explicado que, aunque todavía era pequeña, cuando llegase su príncipe le parecería como si los días y los años no hubieran transcurrido y que con él habría de pasar mucho más tiempo soñando que despierta. Y con sus palabras, la lluvia se prolongó durante más de una hora. Cuando quiso cesar, los nueve, incluida Aurora, estábamos adormecidos y las conversaciones casi alegres que habían surgido al comienzo de la tormenta devenían en diálogos a media voz, como si se temiese interrumpir el descanso de quienes se hallaban más cerca. Al despejarse el cielo, asomó el último sol de aquella jornada y, entonces, Juan dio la orden de partir, llevando a su hija en brazos. El descenso fue rápido, pese a que parte del camino se había convertido en barro y parte en charcos que vadeábamos sin decir palabra. Cuando llegamos a la plaza mayor, el paisaje se había modificado: los comercios tenían las puertas cerradas, los domingueros, -a excepción nuestra-, ya no estaban allí y el único rumor humano procedía del interior de los bares y, tal vez, de la campana de un templo que anunciaba la liturgia vespertina.

Ya en interior del coche, Aurora y Carmen se quedaron dormidas al momento de incorporarnos a la carretera. Juan y yo, más por agotamiento que por respeto al sueño de madre e hija, no intercambiamos palabra y en el interior del vehículo sólo se escuchaba, a un volumen leve, la voz de un locutor que retransmitía un concierto de música clásica desde una ciudad centroeuropea en la que, sin duda, sería noche cerrada. Ni que decir tiene, yo también me dormí, falto de cualquier energía, sedado por la música schubertiana del receptor y por lo que me pareció un dulce principio de fiebre, que dejaba caer sobre mis extremidades el peso de las horas previas, las imágenes de un día en sí intrascendente pero en el que una niña, sin miedo alguno, había descubierto que el mundo en que vagamos nos reserva muchas más horas de descanso que de vigilia en castillos que son de arena. De modo que dormí profundamente, perdiendo por completo la consciencia, olvidado de mí y de todos, sin caer en ninguna trampa onírica, arrastrado a una ingravidez tan agradable y severa que hacía innecesaria cualquier excusa de la imaginación, tan sólo dejándome llevar a través de un tiempo que ya no era el mío, sino el de otros más jóvenes y menos escépticos que del propio sueño hiciesen vocación. Por eso me sobresalté cuando Juan, con la puerta del coche abierta, trataba de despertarme empujándome un poco, mientras me preguntaba si estaba bien. No sólo fue que me sorprendiese, al abrir los ojos, destemplados por la luz nocturna, contemplar su cabello ahora encanecido, mientras percibía con pavor la casi total ausencia del mío, y encontrarme con el rostro de Carmen, -que esperaba fuera del vehículo-, surcado por unas huellas que expresaban años que yo no lograba recordar sino, y sobre todo, cuando él me dijo “venga que la niña y su novio se marchan temprano a Grecia, y quieren despedirse de ti” , a lo que reaccioné saliendo con toda la ligereza que pude para encontrarme, a la espalda de Juan, con Aurora, esbelta, de labios rosados, frontal y sonriente como era en su infancia, cuando aceptaba cuentos de príncipes por explicación, esperando cogida del brazo de su novio, ambos hermosos y encantadores, para despedirse de mí. “Y ¿dónde iréis exactamente?” le pregunté a Aurora. “A Atenas y Creta.” Pensé que iban a cumplir con un destino que nunca cesa de repetirse, un destino que suele devorar el minotauro de la decepción. Aun así, les deseé lo mejor para aquel trayecto que iniciarían con el alba. Y mientras esperaba que me recogiera un taxi, también pensé que aquella excursión dominical quizás hubiera resultado demasiado larga para un helenista envejecido como yo.